

# *Santificar el Día del Señor*

*Fíjate en el sábado para santificarlo. Durante seis días trabaja y haz tus tareas, pero el día séptimo es un día de descanso, dedicado al Señor, tu Dios: no harás trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu ganado, ni el forastero que vive en tus ciudades. Porque en seis días hizo el Señor el cielo, la tierra, el mar y lo que hay en ellos. Y el séptimo día descansó; por eso bendijo el Señor el sábado y lo santificó (Ex 20,8-11).*

El Papa Juan Pablo II llama al pueblo judío nuestros hermanos y hermanas mayores. Ahora bien, si algo podemos aprender de estos hermanos mayores en la fe, es cómo observar el Tercer Mandamiento. La mayoría de los católicos cree que, para "santificar el Día del Señor", basta con "ir a misa"...

Yo afirmo: Si quieres poner en marcha una revolución cultural, intenta reunir a mucha gente que se tome en serio el Tercer Mandamiento. Por supuesto que, en el presente clima cultural, esta idea correría la misma suerte que una bola de nieve en el mes de julio. Tan secularizada está nuestra cultura, tan dominante es la presión comercial, tan poderosa es la creencia de que el trabajo y el mercado pueden y deben realizarse a cualquier hora, 7 días a la semana y 365 días al año, que la mayoría de la gente se disgustaría por cualquier insinuación que propusiera dejar de hacer esas cosas un día a la semana.

¿Quieres ir a la iglesia el domingo? Muy bien, es asunto tuyo. Pero no dejes de cuidar el jardín, ir de compras y trabajar si te lo pide el jefe o lo exige tu negocio.

Desde finales del siglo primero, la cristiandad ha observado, en vez del Sábado judío, el Domingo, en conmemoración de la resurrección de Cristo. De todos modos, el principio fundamental es el mismo: la necesidad de destacar el Día del Señor.

## ***Sentido judío del Sábado***

Antes de tratar de lo que significa hoy para los católicos "santificar el Día del Señor", puede ilustrarnos considerar cómo se observa actualmente el Sábado en el judaísmo.

Para los judíos ortodoxos, el Sábado es una fiesta religiosa semanal. Se celebran dos acontecimientos: la creación del mundo por Dios y la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto.

¿Por qué recordar y celebrar semanalmente estos dos eventos? Por lo que respecta a la creación, el objetivo es recordar a los seres humanos que están llamados a ser semejantes a Dios. Según el libro del Génesis, "Dios descansó" (2,3) el día séptimo de la creación. Para los judíos, pues, el Sábado se celebra para enseñarnos que así como Dios dejó de crear cosas físicas el séptimo día, de igual modo el hombre ha de descansar ese día dejando de hacer cosas y de manipular la

naturaleza. Renunciando a tales trabajos, no sólo reconocemos la existencia de un Creador, sino que seguimos el ejemplo de Dios.

El segundo objetivo del Sábado es la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. De nuevo nos preguntamos: ¿Por qué celebrar y recordar semanalmente este suceso? La idea de los judíos es recordar su pasado de esclavitud para apreciar su presente en libertad. Si el Sábado, por una parte, acentúa nuestra dependencia de Dios, también subraya nuestra liberación de cualquier tipo de servilismo de dueños humanos.

Según la tradición judía, desde el ocaso del viernes hasta el atardecer del sábado se encienden velas para conmemorar la luz de Dios, la luz del mundo y la luz de la fe. El Sábado es, a la vez que tiempo de oración-meditación, tiempo de comer, beber y regocijarse.

El rito más solemne del Sábado tiene lugar no en la sinagoga, sino en casa. La familia se reúne alrededor de la mesa para celebrar el comienzo del Sábado, encendiendo el candelabro, con oraciones y bendiciones. Quien ha visto la película *El violinista en el tejado* puede hacerse una idea de cómo comienza el Sábado judío la tarde del viernes. A primera vista puede parecer una práctica que entristece y hace lúgubre la vida, pero la actitud de quien lo ve así sólo demuestra lo dominados que estamos por la cultura, lo dependientes que somos del ajetreo de la sociedad tecnológica. Pensamos que nuestros televisores, videocámaras, equipos estereofónicos, ordenadores, coches y microondas son absolutamente necesarios, incluso para un mínimo de felicidad. De hecho, el Tercer Mandamiento nos sitúa ante la pregunta de si somos nosotros los dueños de nuestra tecnología o si es ésta la que realmente se ha adueñado de nosotros.

Entre los antiguos israelitas se desarrollaron reglas muy estrictas para proteger y dar un carácter absoluto a la observancia del Sábado. En los Evangelios encontramos evidencias de esto en los debates que se suscitaron con Jesús. Él se opone a una observancia legalista del Sábado que anteponga la ley a las necesidades humanas (Cf. Lc 13,10-17). Para Jesús, el Sábado no se agota en sí mismo, sino que se orienta a un fin superior, postura que queda aún más clara cuando afirma que "el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del Hombre es también señor del sábado" (Mc 2,27-28).

### ***El Domingo en contexto católico***

Hemos dicho que los primeros cristianos continuaron con la observancia del Sábado, aunque pronto se definieron por el primer día de la semana, el Domingo, en recuerdo de la resurrección del Señor. A partir del siglo cuarto, los concilios y la legislación católica fueron insistiendo en el abandono del trabajo y en la asistencia a la oración el Domingo.

Hay pruebas evidentes de que la enseñanza oficial y la legislación de la Iglesia siguieron apoyando este modo de entender el Domingo como día de oración y de descanso. El Catecismo de la Iglesia católica (nn. 2192-2193) cita el Código de Derecho Canónico: "El domingo, en el que se celebra el misterio pascual, por tradición apostólica, ha de observarse en toda la Iglesia como fiesta primordial de precepto" (can. 1246). "El domingo y las demás fiestas de precepto los fieles tienen obligación de participar en la Misa, y se abstendrán además de aquellos trabajos y actividades que impidan dar culto a Dios, gozar de la alegría propia del día del Señor o disfrutar del debido descanso de la mente y del cuerpo" (can. 1247).

A pesar de todas estas enseñanzas oficiales, no es necesario ser un experto en antropología cultural para darse cuenta de que, para una abrumadora mayoría de católicos, hay muy poca

diferencia entre el Día del Señor y el resto de los días de la semana. Se consideran afortunados aquellos que, teniendo un puesto de trabajo, no se ven en la obligación de trabajar los domingos; pero no disfrutan de la misma suerte aquellos católicos que, para mantenerlo, se ven en la obligación de dedicar al trabajo, si no todos, al menos algunos domingos. Es posible que muchos trabajadores católicos disfruten de su día libre el martes o el miércoles en vez del domingo. Nuestra cultura ya no participa del sentido del tiempo y, por ello, ya no ampara ni propicia tiempos sagrados, separados para fines sagrados. El tiempo, como otras realidades, ha pasado a ser una realidad secular. Es un artículo de consumo y, como tal, está sometido a la inexorable ley de la precariedad, en la que se agota su historia: usar y tirar. ¿Es posible, en tales circunstancias culturales, buscar un espacio en que situar el espíritu del Día del Señor?

Para la inmensa mayoría de los católicos, solamente la asistencia a la misa de los domingos, que a veces es el sábado por la tarde, marca la diferencia entre ellos y aquellos que consideran el domingo un día más. De hecho, recientes investigaciones y sondeos indican que un gran número de católicos ni siquiera asiste a misa los domingos. Dejando aparte esto, el domingo discurre para un católico del mismo modo que para el que no lo es; es decir, la observancia integral del domingo, como Día del Señor, ciertamente no ocupa un puesto destacado entre las prioridades de la mayoría de los católicos.

Hace un tiempo había un sentido más compartido entre católicos, y otros cristianos también, del Domingo como "día de descanso". Muchas tiendas y negocios cerraban. Sin embargo, hoy, este marco sociocultural es apenas un vestigio del pasado. Una familia católica o un católico independiente que quieran tomarse en serio la observancia profunda del Domingo, como Día del Señor, navegan contra corriente.

Si la comunidad católica fuera capaz de suscitar mayor interés por la observancia del Día del Señor en contra de lo que ahora es costumbre, el resultado constituiría un importante cambio social y cultural, dado el número de católicos existentes en el mundo.

### ***Sentido sagrado del ocio***

Parte del esfuerzo evangelizador necesitaría incluir una cierta racionalidad sobre la observancia del Domingo como día de oración y de descanso. Uno de los grandes clásicos de nuestro tiempo puede servirnos como punto de partida para desarrollar esta racionalidad que se pretende. En 1947 se publicó la obra del filósofo católico alemán Josef Pieper: *El ocio, base de la cultura*. La obra es un ensayo sobre el ocio y la importancia decisiva que tiene en la calidad de la existencia y la cultura humanas.

Josef Pieper sostiene que el ocio es una actitud de la mente y una condición del alma que nutre la capacidad de percibir la realidad tal cual es. Para que el ocio sea auténtico, hay que dedicarle, expresamente, tiempo, un tiempo libre de toda significación comercial.

La aparición de este libro fue como una llamada a volver al auténtico ocio. Si no recuperamos el arte del silencio y la necesidad de cultivar la vida interior, si no empezamos a sustituir las frenéticas formas de diversión por un auténtico descanso, terminaremos por destruir nuestro mundo y a nosotros mismos.

¿Pueden los cristianos recuperar la auténtica experiencia del Día del Señor? Hablando desde una perspectiva católica, parece evidente que, al menos, el catolicismo atesora en estado potencial

la semilla del Día del Señor. Ahí están la oportunidad y los recursos. Sólo es cuestión de si los católicos los emplean o no.

El punto clave de Josef Pieper es que el auténtico ocio, es decir, el ocio que caracteriza al verdadero espíritu del Día del Señor es absolutamente necesario cuando una cultura está en contacto con todo lo que es más profundamente humano y debe sobrevivir. La cultura popular dominante está humana y espiritualmente en bancarrota, ya que casi nunca, o nunca, logramos experimentar el auténtico ocio. En otras palabras, la cultura popular dominante padece un gran desequilibrio al haber perdido el contacto con la experiencia de la adoración de Dios. Esta cultura dominante sigue su camino de forma atolondrada, desconectada totalmente de aquel ocio que sólo la adoración y la contemplación religiosa pueden hacer posible.

Los católicos están demasiado sumergidos en su cultura como para adoptar la observancia del descanso, el culto, la oración y las tranquilas actividades familiares del hogar que conlleva el Día del Señor. Sin embargo, el espíritu del Día del Señor, el espíritu del ocio, como lo entiende Josef Pieper, puede y debe ser parte de lo que significa ser católico. Si no podemos esperar que los domingos se conviertan en una importante experiencia contracultural, al menos podemos sacar partido de otros modos tradicionales de incentivar el espíritu del ocio religioso.

Aunque la participación en la eucaristía dominical siga siendo importante, hay otras posibilidades de dar cabida a lo sagrado en lo cotidiano. Los católicos pueden hacer un hueco en el quehacer diario para dedicarlo a la oración sosegada. Podemos dar pequeños pasos para convertir nuestros hogares en espacios más tranquilos para estar y compartir con otros. Podemos limitar las horas de televisión o estimular la lectura. Podemos beneficiarnos de las bondades de un retiro o de unos días de recogimiento.

El espíritu del Día del Señor es esencial para una vida cristiana adulta y plena. Queda a nuestro criterio vivir ese espíritu insertos en una cultura popular que ofrece muy poco apoyo a este empeño. Cuando seamos capaces de hacerlo, será incalculable el impacto positivo en el corazón, en la mente y en el espíritu de las personas y de la comunidad creyente.